

EL BARCO



DE VAPOR

Teresa Broseta

¡Hermanos hasta
en la sopa!



OTERO

EL BARCO



DE VAPOR

¡Hermanos hasta en la sopa!

Teresa Broseta



¡Hermanos hasta en la sopa!

Primera edición: febrero de 2010

Quinta reimpresión: noviembre de 2018

Dirección editorial: Elsa Aguiar

Ilustraciones: Gustavo Otero

© del texto: Teresa Broseta, 2003

© Ediciones SM, 2003 (España)

© de esta edición: Ediciones SM S. A. C., 2010

Micaela Bastidas 195, San Isidro, Lima, Perú

Teléfono: (511) 614-8900

contacto@sm.com.pe

www.sm.com.pe

www.leotodo.com.pe

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Impreso por Gráfica Esbelia Quijano S. R. L.

Jr. Recuay 255, Urb. Chacra Colorada,

Breña, Lima, Perú

Tiraje: 800 ejemplares

ISBN: 978-612-4055-33-1

Registro de Proyecto Editorial: 31501311801037

Hecho el Depósito Legal

en la Biblioteca Nacional del Perú: 2018-15834

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

A mi madre

1 *Una casa abarrotada*

¡HACE un calor espantoso! Llevo dos horas aquí escondida y por el cuello me resbalan gotas de sudor. Para un día que hace calor de verdad, yo tengo que estar aquí subida como una tonta, en vez de estar en la piscina. Creo que va a empezar a hervirme la cabeza de un momento a otro. Si al menos hubiéramos terminado esta dichosa casa del árbol, ahora tendría un techo para protegerme del sol. Pero, claro, no ha habido forma de ponernos de acuerdo. Cuando uno quería clavar un tablón para el suelo, otro le quitaba el martillo para clavar la ventana. Y las discusiones eternas: que si yo pondría tres tablas para el suelo, que si con menos de cinco no hacemos nada... Total que, como dice mi madre, «unos por otros y la casa sin barrer». En este caso, la casa sin hacer. El árbol es grande, un roble de esos que llevan mil años plantados, pero tiene pocas hojas y no da mucha sombra. Por eso está a pun-

to de hervirme la cabeza. Tendría que haberme escondido en el hórreo, estaría bastante más fresca, pero no he tenido valor. La abuela no quiere ni vernos por allí, casi no nos deja ni acercarnos por miedo a que lo estropeemos. Es que le tiene mucho cariño, y siempre está diciendo que hay que conservarlo para el futuro. ¡Si yo no lo iba a estropear, solo a meterme dentro! Pero, encima de la que he liado, nada más faltaba que la abuela se enfadara conmigo por subir al hórreo. Seguramente debería bajar de una vez de este árbol, pero no me atrevo. Me van a echar la bronca más grande de mi vida, y no me veo con ánimos para soportarlo. Estoy dispuesta a quedarme aquí toda la vida, si hace falta. O, por lo menos, hasta que me encuentren. Yo no me atrevo a bajar.

La verdad es que me he pasado y deben de estar todos enfadadísimos conmigo. Hace un rato he oído que me llamaban a gritos desde la terraza, pero no he querido contestar. ¡Cualquiera se atreve! La voz de mi madre sonaba realmente furiosa. Lo peor es que he roto la cristalera del salón, aunque ha sido sin querer. ¡Como me hagan pagarla de mi sueldo, voy a estar sin comer chucherías hasta los cien años!

Yo solo quería darle a Paco en la cabeza con el cazo de la sopa, pero se me ha ido de las manos y se ha estrellado contra la cristalera que da a la terraza. En un segundo han llovido cristales por todo el comedor, y la gran mayoría han caído dentro de nuestros platos de sopa. ¡Menudo jaleo! Todos gritaban a la vez; Paco lloraba porque, a pesar de mi mala puntería, el cazo le ha dado de refilón en la oreja, y la estúpida de Blanca chillaba como si el cazo le hubiera dado a ella. Claro, al final yo también me he puesto a chillar. Y yo, cuando chillo, chillo más que nadie. Y digo lo primero que me viene a la cabeza, que suele ser algo bastante desagradable. Esta vez he gritado:

—¡Estoy harta de todos! ¡Ya no os soporto más! ¡Tengo hermanos hasta en la sopa!

Se han callado todos de golpe. Cuando un montón de personas se queda en silencio y con la vista clavada en ti, no sabes dónde meterte. Sobre todo si acabas de decir a voz en grito una barbaridad. Y ya es malo si son tres o cuatro personas, pero si son diecinueve, como en mi caso, es para que te dé un patatús. Sí, es que en esta casa hay nada menos que diecinueve personas pasando el verano. Bueno, veinte contándome a mí. ¡Está completamente

abarrota! Vivir con tanta gente sería insostenible aunque la casa fuera enorme, con muchísimas habitaciones y un montón de cuartos de baño. Pero, encima, esta parece la casa de los siete enanitos. Solo tenemos cuatro habitaciones, y dormimos todos como sardinas en lata. Hay unas literas incomodísimas para los más afortunados, y colchones en el suelo para los que han tenido menos suerte. ¡Y solo hay un cuarto de baño! ¿Podéis creerlo? Las colas son interminables durante todo el día, yo estoy pensando seriamente empezar a hacer pis debajo de una higuera y no volver a lavarme los dientes en todo el verano. Con tanta gente, seguro que nadie se da cuenta. A veces no consigo entrar al baño hasta las once de la mañana, y en esos momentos pienso que mi vida sería más fácil si yo fuera como Paula y Guille, que aún llevan pañales. Es a los únicos que no les importa que solo haya un cuarto de baño. Así, con un poco de suerte, se saltan la ducha varios días seguidos. Ah, y menos mal que tenemos un terreno enorme, con jardín y prados, y hasta con una piscina pequeña que está siempre helada. Si no, ya nos habríamos vuelto todos locos. Cuando ya no soportas el barullo de dentro de casa, siempre puedes salir al pra-



do o perderte entre los árboles. Yo lo hago a menudo, porque muchas veces hablan todos a la vez y me parece que me va a estallar la cabeza.

¡Somos una familia rara! Eso, suponiendo que seamos una familia, que yo no acabo de tenerlo tan claro. Somos más bien un puzzle de familias distintas, todos apiñados bajo el mismo techo. La casa es de mis abuelos maternos, que no sé cómo tienen la paciencia de sopor-tarnos a todos. A la abuela Ana le encantan los niños, por eso no protesta, y el abuelo Pedro parece contento de tenernos a todos armando bulla por aquí. Claro que, si no, su verano sería de lo más aburrido. Está enfermo de un montón de cosas y apenas se mueve del sillón. Así que se distrae viéndonos correr por el jardín, o bañarnos en la piscina. A mí me da pena que esté tan quieto, y paso algunos ratos haciéndole compañía. Sobre todo a la hora de la siesta, cuando no te dejan jugar a nada para que no armes ruido, pero tampoco tienes sueño. ¡Esa manía de los mayores con la siesta puede arruinarte un buen verano! A veces el abuelo me dice:

—Quédate conmigo, Tita, que voy a contar-te cosas de cuando yo era pequeño.

Es el único que tiene permiso para llamarme Tita, porque a los demás los corrijo siempre, y de muy malos modos:

—¡Carlota! ¡Me llamo Carlota!

A los once años, eso de Tita queda ya un poco ridículo. ¿A que sí? El caso es que el abuelo me cuenta historias de cuando era pequeño, y a mí me gusta escucharlas. Me gusta sobre todo cuando me cuenta las trastadas que hacían él y sus hermanos cuando eran críos, por estos mismos prados, aunque siempre me dice que esas cosas no se me ocurra hacerlas a mí. Algunas historias me las ha contado tantas veces que ya me las sé de memoria, y lo corrijo si se equivoca en alguna cosa.

—¡Que no, abuelo! Que la que os encontré aquella vez que os escapasteis fue la tía Rosa.

—¡Ah, pues tienes razón! De vez en cuando se me confunden las cosas.

¡Y tanto que se le confunden! Debe de ser porque ya es muy mayor. Ni siquiera se da cuenta de que ya me ha contado la misma historia mil veces, pero a mí no me importa. A veces me da tantas versiones distintas de la misma anécdota, que me quedo sin saber qué pasó de verdad. ¡Cada vez que la cuenta, cambia el final! Pero está bien, porque enton-

ces elijo el final que más me gusta, y ese es el que queda para siempre. Creo que la mitad de cosas no ocurrieron nunca, nos las hemos inventado a medias entre mi abuelo y yo. De cuando en cuando la abuela Ana pasa por nuestro lado y se queda un momento escuchando. Luego gruñe mientras vuelve a la cocina:

—¡Hay que ver qué cosas le dice a esta niña!
¡Fantasías le faltan!

Siempre me cuenta a mí las historias, porque los otros no tienen tanta paciencia y lo interrumpen apenas ha empezado a contarles algo. Sobre todo Paco, que no aguanta nada y le dice de malos modos:

—¡Otra vez la misma historia!

Es que este Paco se merece una bofetada cada vez que abre la boca. Es antipático de nacimiento, como su padre, y nos trata a todos como si fuéramos tontos perdidos. Y aún se extrañará de que le haya tirado el cazo de la sopa... Lo único que siento es no haberle acertado en toda la cabeza. Aunque, claro, también es verdad que mi abuelo no es el abuelo de Paco, y a lo mejor por eso tiene menos paciencia con él.

En la casa están también mis abuelos paternos, Elena y Alberto, que son más jóvenes y

todavía salen por ahí de cena con sus amigos. Muchas tardes se van de paseo, según mi abuela para hacer ejercicio, pero yo creo que es para huir de esta casa de locos. Hacen bien, ellos que pueden. Alguna vez me he apuntado, también por huir, pero me he aburrido tanto que ha sido casi peor. El abuelo Alberto habla muy poco, y nunca me cuenta historias, y la abuela Elena lo que más hace es reñirme a cada paso que doy. Se pasa la vida diciendo:

—¡Tita, péinate! ¿Seguro que te has lavado las manos? ¡Levanta la cabeza! ¡Camina recta!

—¡Carlota! ¡Me llamo Carlota!

—Pues bueno, Carlota, camina recta y levanta la cabeza.

¡Es una lata! A pesar de todo, supongo que tengo suerte de tener a mis cuatro abuelos, aunque a veces se pongan un poco pesados. Algunos de mi clase no tienen ninguno, es una pena. Cuando mi abuelo Pedro tiene uno de sus días malos, malos de verdad, me pongo muy triste y pienso que se va a morir. Pero me dan tantas ganas de llorar que me lo quito de la cabeza enseguida.

Además de los abuelos, también están en casa mis padres, que se llaman Mónica y Luis. ¡Esa sí que es una historia rara! Ya no están



158



Teresa Broseta

¡HERMANOS
HASTA EN LA SOPA!

«¡SOMOS UNA FAMILIA RARA! ESO SUPONIENDO QUE SEAMOS UNA FAMILIA, PORQUE YO CREO QUE MÁS BIEN SOMOS UN PUZZLE DE FAMILIAS DISTINTAS.» ASÍ PIENSA CARLOTA DURANTE SU VERANEO EN ASTURIAS, EN UNA CASA EN LA QUE NO LE QUEDA MÁS REMEDIO QUE CONVIVIR CON... ¡DIECINUEVE PERSONAS MÁS!

TERESA BROSETA (VALENCIA, 1963) ESTUDIÓ CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN Y FILOLOGÍA HISPÁNICA. EN LA ACTUALIDAD COMPAGINA SU TRABAJO EN LA ADMINISTRACIÓN CON LA LITERATURA INFANTIL.

A PARTIR DE 9 AÑOS

1 7 5 4 9 7

ISBN: 978-612-4055-33-1



9 786124 055331